

Artemio Precioso
Villa Fontana Rosa: la felicidad y el hombre
(*Blanco y Negro*, 19-10-1930)

Para Blasco Ibáñez, en los últimos años de su vida —aparte los afectos familiares y su obra—, no había más que dos ilusiones constantes: su mujer y su casa, Fontana Rosa, situada en Menton-Garavan, a trescientos metros de la frontera italiana. En el alma musulmana del maestro, el jardín, su jardín de Fontana Rosa, lo era todo...

¿Cuánto dinero invirtió el autor de *Mare Nostrum* en crear lo que hoy se llama el Jardín de los Novelistas y donde se contemplan los bustos de Cervantes, de Víctor Hugo, de Balzac, de Flaubert, de Dickens y tantos otros forjadores de historias más o menos fantásticas? Aunque es muy difícil precisarlo, puede asegurarse que Blasco Ibáñez se gastó en estos rincones adorables, en estas escalinatas, en estos paseos, en estos edificios más de tres millones de francos... Porque Blasco, además, con frecuencia mandaba destruir lo que acababa de dirigir... Su imaginación no cesaba de idear cosas nuevas, y un reciente proyecto destruía una realidad recién acabada... Y los obreros no salían de allí. Hasta tal punto, de que cuando murió el gran escritor el Jardín de los Novelistas no estalla terminado... Hoy, y gracias a los constantes cuidados de doña Elena Ortúzar, la ilustre viuda del gran novelista, el paraíso que es Fontana Rosa puede servir de modelo y de espejo. Cuatro jardineros, dirigidos por la egregia dama y por Ramón, el fiel Ramón, chófer y secretario de doña Elena, trabajan en el célebre paraje con un celo digno de loa.

Muchos me han preguntado, en Francia y en España, cómo es Fontana Rosa, la casa, los jardines. Hoy pudo satisfacer en parte la curiosidad de muchos admiradores de Fontana Rosa otra ilustre dama chilena, doña Mercedes Solar, hija del gran novelista americano del mismo nombre.

En cuanto a la villa en sí, Fontana Rosa consta de dos pisos, amueblados con el gusto peculiar de su moradora, y en pabellones distintos figuran la biblioteca, donde el maestro trabajaba; un hotelito más arriba para invitados, otro pabellón, también para invitados, sobre los *garages*, y otra villa más alta, donde está el salón para cine y los

estudios, desde los que se ve el Mediterráneo, que ofrece el recalo de su azulina y movable superficie...

¡Doña Elena Ortúzar! ¡Fontana Rosa! He ahí en esas dos expresiones condensados dos los dos últimos y grandes amores de Blasco Ibáñez, que no solo constituyeron la realización de su sueño de gran novelista, sino que fueron para él algo más difícil de lograr en la vida de un hombre: la felicidad. La felicidad, que, como todo lo caro en el mundo sentimental, no se deja gustar mucho tiempo...